

Domingo 5 de diciembre de 1999
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mc 1,1-8

Voz que grita en el desierto

Los últimos domingos del año litúrgico concluido hace dos semanas nos ponían ante la perspectiva de la venida final de Jesucristo. La fe en este hecho futuro es tan fundamental en nuestra vida cristiana que ha sido incorporado como un artículo del Credo: "De nuevo vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos". Esta misma perspectiva se prolongaba el domingo pasado, I domingo del Adviento, donde resonaba con insistencia la recomendación: "Velad", y se procuraba nutrir en nosotros la actitud de espera que debe caracterizar la vida de todo cristiano.

Este domingo no se abandona esta perspectiva completamente, pues está presente en la segunda lectura, tomada de la II carta de San Pedro. Ya en la época en que fue escrita esa carta (fines del siglo I) se consideraba que la espera de la venida final del Señor era demasiado prolongada y se procuraba explicar su retraso: "No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión. El Día del Señor llegará como un ladrón... Si todo este mundo se va a desintegrar, ¡cuán santa y piadosa ha de ser vuestra vida, esperando y acelerando la venida del Día de Dios...! En la espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados ante él en paz, sin mancha y sin tacha" (2Ped 3,9.10.11.14).

Pero, por medio de la primera lectura y, sobre todo, del Evangelio, este domingo se desplaza nuestra atención hacia el tiempo en que la humanidad esperaba la primera venida de Cristo. En el tiempo anterior a la venida de Cristo, el profeta Isaías veía ya próximo el momento de la salvación. Después del tiempo del castigo por sus pecados, comienza para el pueblo de Dios el tiempo del consuelo. El profeta ha recibido esta instrucción del Señor: "Consolad, consolad a mi pueblo". El consuelo consistiría en la venida de Dios mismo en persona. Pero hay que prepararle un camino: "Una voz grita: 'En el desierto abrid camino al Señor; trazad en la estepa una calzada recta para nuestro Dios. Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; que lo escabroso se vuelva llano y lo torcido se enderece'". ¿De quién es esta voz que así grita? No es la voz del profeta; tampoco es la voz de Dios mismo. Es una voz misteriosa no identificada. Lo que sí se conoce es lo que anuncia: anuncia que el Señor vendrá y que es necesario prepararle un camino.

Podemos entender ahora el sentido de las primeras palabras del Evangelio de Marcos: "Conforme está escrito en Isaías, el profeta: 'Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino; voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas', -conforme a eso-

apareció Juan bautizando en el desierto...". Lo que el evangelista quiere decir es que Juan el Bautista es esa voz misteriosa que en Isaías no había sido identificada. La aparición de esa voz indica que ya está próximo el momento de la venida del Señor trayendo el consuelo para su pueblo.

La actividad de Juan consistió precisamente en preparar al pueblo para la venida de Jesús. Y lo hizo "proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados". La preparación para recibir a Jesús es siempre la conversión que, por medio del Bautismo y de la Penitencia, nos obtiene el perdón de los pecados. Esta es también la preparación para la venida presente de Jesús, cuando él viene a nosotros como alimento de vida eterna en la Eucaristía. Es también la preparación para su venida final cuando venga en la gloria, como lo recordaba San Pedro en su carta: "Esforzaos por ser hallados ante él en paz, sin mancha y sin tacha".

Juan desarrolló un gran movimiento en torno a él: "Acudía a él gente de toda la región de Judea y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados". Había peligro de que él mismo fuera identificado como el Salvador esperado. El evangelista San Lucas lo dice explícitamente: "Como el pueblo estaba a la espera, andaban todos pensando en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo" (Lc 3,15). Esto debió parecerle a Juan un absurdo. Él sabía quién era él y quién era Aquel que anunciaba. Si en Isaías "la voz" grita que se prepare el camino "al Señor", hay un mundo de diferencia entre "la voz" y "el Señor". Marcos nos dice que Juan es esa voz; pero el anunciado por esa voz es el Señor; él viene después de Juan. Esto Juan lo sabe bien y por eso rechaza enérgicamente la idea que él pudiera ser el esperado: "Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; y no soy digno de desatarle, inclinandome, la correa de sus sandalias. Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo".

La primera imagen que Juan nos da para indicar la grandeza de Jesús es insuficiente: "No soy digno de desatarle la correa de las sandalias". Esta diferencia de rango se da también entre los hombres ;por desgracia! Pero la segunda afirmación expresa verdaderamente la grandeza del que viene: "Yo os bautizo con agua; él os bautizará con Espíritu Santo". El Espíritu Santo es el don de Dios por excelencia. El único que puede comunicar el Espíritu Santo es Dios mismo. En efecto, en el Antiguo Testamento cada vez que Dios encomienda al hombre una misión que es imposible a las solas fuerzas humanas, lo provee de su Espíritu, y entonces el hombre se hace capaz. Este don lo comunicará el que es anunciado por Juan.

En este tiempo de Adviento el mensaje que se nos da es que por medio de una vida de penitencia nos preparemos a la venida del Señor a nuestra vida. Ya que él vino al mundo, tal como lo viviremos en la próxima Navidad, que él venga a nuestra vida y que nos dé el Espíritu Santo con toda su fuerza salvadora

y santificadora.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción